

ESO LO SERÁ CULPA


ESPASA

LA BIBLIA
DEL INSULTO

MARÍA
IRAZUSTA

TU MADRE MADRE

MARÍA IRAZUSTA

ESO LO SERÁ TU MADRE
LA BIBLIA DEL INSULTO



© Irazusta Comunicación, S. A., 2015
© Espasa Libros, S. L. U., 2015

Diseño de cubierta: Rodrigo Sánchez
Fotografía de la autora (solapa): Pablo Almansa

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-670-4470-6
Depósito legal: B. 8.627-2015

Impreso en España - *Printed in Spain*
Impresión: Rotapapel, S. L.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Editorial Espasa Libros, S.L.U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Índice

Introducción	15
101 formas de decir tonto	23
El insultante sexismo	24
La chistera del tono	26
La reina coja y el rey del calambur	28
El tamaño sí importa	29
El porqué del insulto	30
Sangre, sudor y mocos	33
En el principio fue Catulo	35
Cada loco con su tema	37
Este capítulo no es tan de puta madre	39
Insultos moribundos: <i>casquivana</i>	41
Con nombre propio	42
Con denominación de origen	45
Esperaba mucho más de ti	48
Insultos muy profesionales	50
Rebota, rebota, que en tu culo explota	53
Cornúpetas de dos patas	56
Tras de cornudo... ..	58
Don faltón de la Mancha	60

En román taleguero	62
Insultos moribundos: <i>cernícalo</i>	64
No argumentarás en vano	65
Góngora y Quevedo: un duelo de leyenda	67
Nuestra torre de Babel	70
Perlas de madre	73
25 maneras de perder de vista a alguien	75
Los catetos y la hipotenusa	77
Ofender con el silencio	79
Animaladas	80
El discreto encanto de la mosquita muerta	82
Insultos moribundos: <i>mala pécora</i>	84
El síndrome de Tourette	85
Insultos de clan	87
Borgerías	89
Putimología	92
A cada vago le llega su mañana	94
En qué cabeza cabe	96
De norte a sur	98
Una indemnización de cinco piropos	101
Insultos moribundos: <i>fatuo</i>	103
La poesía de la derrota	104
Todo lo que cabe en un bocadillo y no alimenta	106
Esto es un punto	109
Cómo insulta el hombre más inteligente del mundo .	110
El club de los pobretas lentos	112

¿Que no hay cojones?	114
Un apodo es para siempre	117
La dama, el vagamundo y el tiravidas	121
Lo que el viento nos dejó	122
Insultos moribundos: <i>gaznápiro</i>	124
Tildes que tildan	125
Hablando en plata	126
Un dúo clásico: el gordo y el flaco	128
Pullas rastreras de la letrada tropa	130
Elegetebé	133
La importancia de llamarse Wilde	136
Ofensas muy curradas	139
Luces, cámara, acción	141
Lo peor de cada casa	143
Insultos moribundos: <i>malandrín</i>	145
Vestidos para ofender	146
De eso nada, monada	148
Dígaselo con números	150
Pelma y Louise	152
Del colorado al verde	154
Políticos políticamente incorrectos	156
Maldecir no es ofender	159
Churchill: con la flema de un hijo de la Gran Bretaña ...	161
Todo pasa y todo queda	163
Insultos moribundos: <i>chisgarabís</i>	165
No somos nadie	166

Don es trato de cabrón	168
Dios las cría... ..	170
Cuidado al injuriar de oídas	173
Ofensas de raza	175
Don Gil y sus pollas	178
De menos a más	180
Maquiavelo, el príncipe de la ofensa	181
La hora del insulto chanante	183
Insultos moribundos: <i>papanatas</i>	185
Cuando el eufemismo es de ley	186
Dime cómo insultas... ..	189
Más borde que las Montañas Rocosas	191
¡Que Dios nos pille confesados!	194
De maléfica progenie	196
Ni media palabra	199
Fantoches & Cía.	202
El glorioso cipote de don Camilo	204
El efecto «Goofy al volante»	206
Insultos moribundos: <i>petimetre</i>	208
¡Ay!, insúltame otra vez	209
Tener muchos humos y otros aires contaminantes	211
Insultos bíblicos	213
¿Qué fue de los quinquis y flipaos de siempre?	215
¡Viva México, cabrones!	217
De pata negra	219
¡Huy!, lo que ha dicho el redicho	220

Diez balas de plata	222
Cyrano y el arte de la réplica	224
Insultos moribundos: <i>tarambana</i>	227
Maricón el último	228
Catálogo de palabras oscuras	229
Índice onomástico	278
Fuentes consultadas	285
Agradecimientos	288

101 formas de decir tonto

Sin duda, **tonto** es el insulto más común de todos los tiempos, y para muestra, 101 sinónimos:

Alcornoque, zote, mendrugo, bausán, vaina, cenutrio, tontucio, tontorrón, descerebrado, simple, meliloto, estulto, alelado, gilipollas, gilipueñas, mame-luco, analfabeto, beocio, lilipendón, berzas, berzotas, zafio, tarado, besugo, ceporro, panarra, idiota, pavitonto, zolochó, tocho, corto, bobalicón, gaznápiro, panoli, imbécil, soplagaitas, sandio, bodoque, piernas, bobatel, merluzo, gilí, lelo, zopenco, mentecato, tonto del haba, bobo, mamerto, botarate, soplapollas, cernícalo, percebe, zonzo, cipote, estúpido, cretino, fatuo, lerdo, mastuerzo, memo, lila, pandero, toli, simplón, necio, melón, tarugo, pánfilo, torpe, pavo o tar-do. Faltaba añadir **zoquete**, lo que son todos nuestros políticos. Y que conste que no es por insultar, sino porque una de las acepciones del término que recoge la RAE es ‘cargó público’.

Buen repertorio, que conviene ampliar si viajas por América Latina, no sea que no te des por aludido y entonces quedes como un **lentejo, gafo, pendejo, abismado, guachinango, abombado, zanguango, paparulo, cocoliso, soroco, agitado, asnúpido, tolongo, bachilín, huevón, boludo, cabeceburro, zonzonco, pelotudo, menso, talegón, cabeceduro, guacarnaco, cachirulo, majiriulo, pajuilado, samuro o turuleco.** Incluso podrían llamarnos **pensadores**, y no deberíamos alegrarnos.

El insultante sexismo

El notorio sexismo que predomina en el lenguaje no conoce límites en el terreno de los insultos y las ofensas. Para empezar, mientras que los genitales masculinos tienen connotaciones positivas («**esto es cojonudo**», «**esto es acojonante**», «**esto es la polla**...»), los femeninos pueden parecer negativos («**esto es un coñazo**»). Aunque quizá no sea así, ya que es muy probable que *coñazo* proceda del término latino *conātus*, que es propensión, tendencia, propósito, empeño y esfuerzo en la ejecución de algo. También si algo resulta divertido o estupendo, en México se usa la expresión «**está padre**», pero en España se cambia por un «**de puta madre**». Y mientras que un **gallo** es un hombre fuerte y valiente, un **gallina** es un pusilánime cobarde.

Seguimos con más curiosos y concluyentes ejemplos en los que la misma palabra, cuando de insultar se trata, muestra una injusta polaridad semántica siempre a favor del género masculino.

Siendo un **zorro** un hombre astuto, una **zorra** es una prostituta. Y, por supuesto, nada tiene que ver un respetable **hombre público** con una **mujer pública**, una prostituta. Es que, además, un **fulano** es alguien sin identificar, mientras que una **fulana** es una prostituta; un **golfo** es un pillo, un juerguista, mientras que una **golfa** es una prostituta; un **cual-**

quiera es un pobre don nadie, mientras que una **cualquiera** es una prostituta; y aquel que no tiene un destino determinado y está **perdido** nos produce cierta aflicción, mientras que una **perdida** es una prostituta. Y no teniendo **lobo** atisbo de menosprecio, una **loba** puede ser desde una *femme fatale*, devoradora de hombres, hasta —¡cómo no!— una prostituta... ¡Qué obsesiones continúan adheridas a nuestra cultura para que tantas palabras de uso común, en femenino, designen invariablemente a una prostituta!

Y para rematar, cuando se quiere acentuar que algo no solo es malo, sino pésimo, pues ya se sabe: «esto es una **puta mierda**» o «esto está de **puta pena**».

Pero... cuidado con los excesos; a todos se nos atragantan los insultos cromañones, aunque no lleguemos a los desvaríos de las más acérrimas defensoras del *lenguaje de género*, que alcanzan a ver una clara cosificación discriminatoria entre el **impresor** (persona que imprime) y la **impresora** (máquina que imprime).

La chistera del tono

El tono es al lenguaje lo que el miedo es a la vida. Como canta Rosana, «sin miedo lo malo se nos va volviendo bueno»; y así sucede con algunos insultos. Es pura magia. Si eliminamos la entonación pendenciera y los pronunciamos sin miedo y con una gran sonrisa, algunos de los más ásperos improperios mutan en elogios incluso sin conocer el contexto. Tanto que, al recibirlos, solo cabe una réplica de gratitud.

Para ello se precisa que en los siguientes ejemplos marques su lectura con agresividad la primera vez, y hagas una segunda lectura con amabilidad y mucha alegría. Por favor, baja el volumen de tu voz si estás en compañía. En caso contrario, no nos hacemos responsables de los daños y perjuicios que ocasionen tus palabras. Y empezamos:

Pronuncia con belicosidad: «¡Eres un cabrón!». Te podrían responder: «Y eso que no soy de tu familia, porque cada generación os superáis, y tu tatarabuelo ya lo era cien veces más que yo». Ahora, repítelo, pero con el tono más amable y jocoso posible: «¡Eres un cabrón!». Te podrían responder: «La verdad es que tengo mucha suerte, y tú siempre te alegras por todo lo bueno que me pasa».

Más ejemplos para practicar: «¡Qué hijoputa!», «¡qué maricón!»... Y con otros mucho más suaves que se intercambian

algunos tortolitos y que suelen acompañar de una palmadita de complicidad: «¡Qué tonto eres!», «¡qué malo eres!»... Rogamos que este último nunca vaya acompañado de «en la cama». ¡Ni en broma, por favor!

Este capítulo tiene más contraindicaciones: no se debe practicar con aquellos insultos que permanecen inalterables sea cual sea el tono empleado. No nos hacemos responsables de que tu jefe o tu amiga dejen de serlo si les dices, aunque sea con la mejor de tus sonrisas, «¡qué pusilánime!», «¡qué rastrero!», «¡qué putero es tu marido!»...

La reina coja y el rey del calambur

Francisco de Quevedo, mente preclara del Siglo de Oro, poeta ilustre en un imperio en decadencia, fue uno de los grandes maestros del insulto, posiblemente, sin pronunciar ni uno; se las arregló con audaces e insolentes juegos de palabras. De mente lúcida y discurso ágil, se le permitían sus excesos y hasta su acritud a la hora de criticar a la monarquía.

Cuenta el anecdotario popular que don Francisco apostó con unos amigos a que llamaría «coja» a la reina coja, esposa de Felipe IV, sin que esta pudiera ofenderse. Así que, aprovechando que había sido invitado a una recepción en palacio, acudió con un vistoso ramo con dos tipos de flores: claveles y rosas. Al ofrecérselo a la reina, le dijo: «Señora, traigo lo que solo es un anticipo del ramo que os traeré. Desconociendo vuestra flor favorita, entre el clavel y la rosa, **su majestad escoja**».

Y es que «entrever desaires» («entre verdes aires»), al parecer, no era una habilidad de la reina, sino otro divertido calambur; ese retruécano que hace variar el significado de una frase agrupando sus palabras de distinta forma. Sin duda, el más famoso de la lengua española es el que te acabamos de contar, atribuido a Francisco Gómez de Quevedo Villegas y Santibáñez Cevallos, señor de La Torre de Juan Abad y caballero de la Orden de Santiago y, proclamado por nos, *rey del calambur*.

El tamaño sí importa

Como casi todo en la vida, depende, pero, en general, el tamaño siempre importa y, en particular, para la cuestión que aquí nos ocupa, de modo muy especial.

La justificación de «pequeña, pero juguetona» —y no diremos más— se asemeja bastante a esa descripción de un piso interior a la que se añade la coletilla: «pero es muy luminoso». Mejor, como debe ser: grande y exterior. Eso sí, hay excelentes y honrosas excepciones: infraviviendas exteriores y verdaderas maravillas interiores con vistas a un silencioso e idílico patio.

Con determinados insultos sucede algo similar. Si se trata de hacer daño, mejor cuanto más grandes y más acompañados, porque su fuerza aumenta con la comitiva que alarga el sintagma. Y si no, fijémonos en este grandioso ejemplo de gradación ofensiva: **grandísimohijodelagranputa, hijodela-granputa, hijodeputa, hijoputa, joputa**. Como observamos, la intensidad de la ofensa va descafeinándose con la reducción de sílabas, tanto que el último hasta suena cariñoso y se emplea con frecuencia para ensalzar la fortuna o la habilidad de alguien: «¡Joputa, qué suerte tienes!».

El porqué del insulto

¿Por qué gritamos, soltamos palabrotas o insultamos? El psicólogo Sebastián Mera ha creado para nosotros esta clasificación, con un acrónimo de la palabra I.N.S.U.L.T.O. (Intimidar, Negar, Salvaguardar, Ultrajar, Lacerar, Territorializar, Ocluir) que explica las funciones que puede cumplir este recurso en nuestros procesos de comunicación:

Intimidar. Insulto instrumental. El agresor verbal introduce un componente emocional en la discusión con el fin de amedrentar al contrario mediante el insulto, y su entusiasmo aumenta de forma directamente proporcional al debilitamiento del receptor. Se recurre a la vulneración psicológica, arremetiendo contra el físico, la condición social o cualquier otra circunstancia que pueda socavar el ánimo o la seguridad del interlocutor.

Negar. Insulto omitido. El ofensor decide cortar la discusión e insultar con el desprecio de no esperar siquiera una contraargumentación a sus ideas, pues niega e ignora a la otra parte mediante la exclusión. Esto, además de una ofensa, es una evidente descortesía, que ejemplificamos en el capítulo *Ofender con el silencio*.

Salvaguardar. Insulto protector. El insulto de salvaguarda cumple una función defensiva, porque es la respuesta a

un ataque previo en el cual el agresor verbal se sintió ofendido y, ahora, responde con un insulto vengativo con el que persigue, por encima de todo, recuperar su posición.

Ultrajar. Insulto manipulador. Es una de las funciones más abusivas. El ofensor busca que el ofendido se sienta mermado, disminuido, inferior, y emplea el insulto para despreciarlo y menoscabar su autoestima: «Nos has decepcionado a todos».

Lacerar. Insulto gratuito: herir por herir. No hay motivo, ni razón, ni compasión. Se trata de una función opresiva, que busca lastimar al contrario y recrearse en su mal. Es el propósito sin propósito de aquel que carece de empatía: «¡Eh, tú, retrasado!».

Territorializar. Insulto demarcador. Una de las razones más frecuentes para insultar: marcar un territorio, perfilar las lindes, las líneas imaginarias de una jurisdicción que se quiere mantener a salvo. Y ya se sabe que la mejor defensa es un buen ataque.

Ocluir. Insulto liquidador. No es impulsivo, no responde a un agravio o a una burla, ni tiene el menor componente racional, porque su único fin y objetivo es cerrar el canal de comunicación. Es el insulto *Terminator*: «¡Vete a tomar por culo, mamonazo!».

Como aconseja Mera, antes de insultar deberíamos valorar cómo va a afectar al otro nuestra forma de hablar. Un insulto, una afrenta, un desprecio tienen efectos que perduran en el tiempo. Si, además, se acompañan de gritos y tacos, son una buena e inmediata fórmula para perder la razón. En

palabras del psicólogo: «Hay que intentar controlar y minimizar las reacciones puramente emocionales, porque la inmoderación puede desencadenar una escalada de sinrazón que acabe como el episodio de Puerto Urraco, quizás el mejor ejemplo de las terribles consecuencias del rencor y del odio desmedidos».